

Secretaría de Prensa

**DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,**  
**D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN PRIMER CONGRESO**  
**LATINOAMERICANO**  
**DE DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA**

SANTIAGO, 14 de Octubre de 1991.

Agradezco muy sinceramente, a la Conferencia Episcopal Latinoamericana y al Pontificio Consejo Justicia y Paz el haber escogido nuestro país como sede del Primer Congreso Latinoamericano de Doctrina Social de la Iglesia. Ello constituye un honor para el pueblo de Chile y constituye también un reconocimiento a nuestra propia Conferencia Episcopal que ha dado tantos y tan valiosos testimonios de adhesión a su fe y a su patria.

Les doy la bienvenida a este país que se siente muy contento de recibirlos y acogerlos en el importante trabajo que hoy inician. Los acompañamos con sumo interés, porque la Doctrina Social de la Iglesia ha tenido entre nosotros un hondo significado.

Ella transformó el sentido de la acción política para el mundo católico, otorgándole un claro compromiso de servicio por la justicia; transformó también la relación de la Iglesia con los sectores populares que han vivido, durante este siglo, el difícil paso de un mundo agrario a un mundo industrial.

Este primer Congreso se realiza cuando han pasado 100 años desde que el Papa León XIII difundiera la Encíclica Rerum Novarum, iniciando así un nuevo diálogo de la Iglesia con el mundo moderno, que se ha expresado en su doctrina

social.

Han sido también cien años en que la humanidad ha experimentado profundos cambios y a un ritmo que la historia no conoció antes.

En todo este tiempo, la Iglesia ha reafirmado una y otra vez los mismos principios y valores, nacidos del Evangelio, proclamando la dignidad del ser humano, denunciando lo que va contra él o impide su desarrollo integral y anunciando caminos de liberación y justicia para nuestro mundo.

La doctrina social de la Iglesia no ha sido estática. Al contrario, ha sido capaz de iluminar con nuevas ideas, a partir de los mismos principios y valores, las realidades cambiantes de este convulsionado siglo XX.

"Rerum Novarum" interpretó "las cosas nuevas" de su tiempo, dio el primer pronunciamiento eclesiástico sobre la nueva realidad social creada por la Revolución Industrial, de la cual fue radicalmente crítica, y le habló al capitalismo liberal de fines de siglo y a las ideas socialistas que aún no se habían realizado.

Cien años más tarde, en los umbrales del siglo XXI, el Papa Juan Pablo II recoge "las cosas nuevas" de nuestro tiempo y le habla a un capitalismo industrial que ha evolucionado después de un siglo y a unos socialismos reales que se han desplomado.

Al capitalismo salvaje sucedió el bienestar de las naciones desarrolladas; el desarrollo tecnológico ha impreso a la economía un rumbo de fuerte internacionalización; el conocimiento se ha transformado en una nueva forma de propiedad, y la libertad se ha ido extendiendo a todos los confines de la tierra, derribando los muros de la opresión y dignificando la condición humana.

Todos estos acontecimientos revelan que los valores proclamados por la Iglesia no han ido en contra de la historia, como pareció durante mucho tiempo, sino que han ido, precisamente, en el sentido del progreso.

No obstante estos grandes cambios, la humanidad enfrenta viejos y nuevos problemas que interpelan nuestras conciencias.

Centesimus Annus advierte sobre "las carencias humanas del capitalismo, con

el consiguiente dominio de las cosas sobre los hombres", que aún prevalece.

Lo demuestra la realidad del Tercer Mundo, marcado todavía por la marginación y explotación, escándalo de nuestro tiempo. También lo expresa la llamada sociedad de consumo, que reduce al ser humano a una mera dimensión material, sin responder a sus anhelos más profundos, terminando por deteriorar su vida, más que mejorarla.

Todo ello representa un enorme desafío para que, en la certeza de los valores permanentes del ser humano y asumiendo los signos de nuestro tiempo, los hombres y mujeres de este final de siglo avancemos en la construcción de una sociedad más humana.

Pero no sólo se han cumplido cien años de vigencia de la Doctrina Social de la Iglesia. Este encuentro se realiza, también, en vísperas del V Centenario de la evangelización de América, hecho que marcó, no sólo nuestra historia, sino también la del mundo y en particular la de la Iglesia.

En esta América Latina, la Iglesia ha acompañado a nuestro pueblo no sólo en su proceso de cambio, sino también en la preservación de los fundamentos de su cultura de raigambre profundamente religiosa.

De ahí que nuestra América no ha sido un receptáculo pasivo de la Doctrina Social de la Iglesia, sino que ha contribuido con su vitalidad a enriquecerla, especialmente a partir de Medellín y Puebla. Ello ha sido así porque en esta región la fe católica es un factor determinante de nuestra cultura y también porque la injusticia ha caracterizado las estructuras de la sociedad. Esto ha hecho que la Iglesia latinoamericana haya abordado la cuestión social con una sensibilidad particularmente aguda y con un enorme sentido de responsabilidad. Ella ha mostrado penetración y clarividencia para detectar las causas de la injusticia, coraje para denunciarla y audacia para adoptar una Pastoral Liberadora que incluye explícitamente la meta de lograr una efectiva participación de las mayorías oprimidas en los procesos sociales y en los beneficios -y no sólo en los costos- de la actividad económica.

Esta incorporación dinámica de la búsqueda de la justicia social en los objetivos de la pastoral eclesial ha dado a la Doctrina Social entre nosotros un carácter concreto e interpelante. Fue, por ejemplo, en nuestra América donde primero

se percibió vitalmente el vínculo existente entre el sistema educativo y la estructura social; fue en América latina donde se confrontó con el pensamiento cristiano la doctrina de la seguridad nacional y donde, en consecuencia, la defensa de los derechos humanos adquirió un lugar preeminente en la práctica de la Iglesia.

Pertenezco a una generación que se inició en la vida política motivada por el anhelo de construir una sociedad más justa y libre. Como político cristiano, he encontrado en la doctrina social de la Iglesia, especialmente después del Concilio Vaticano II, sólidos fundamentos y orientación para la acción.

También he sido testigo de los dolores de este siglo. No obstante, aunque tengo plena conciencia de los grandes problemas y desafíos que enfrentan nuestros pueblos, siento esperanzas nuevas por los cambios experimentados en la humanidad durante la última década.

Un espíritu libertario recorre el mundo. 1989, como lo señalara S.S. Juan Pablo II, ha sido un hito en la historia de estos tiempos. Ese espíritu nuevo también recorre nuestro continente. La democracia ha vuelto a la gran mayoría de nuestros países gracias al esfuerzo de sus pueblos que han creído firmemente en la libertad y en la paz. Los dogmatismos que tan dolorosamente nos dividieron en el pasado, han cedido el paso a nuevas formas de entendimiento que abren posibilidades para canalizar nuestras energías en la lucha por la solidaridad.

Ello nos permite abocarnos al gran desafío de nuestro tiempo que es la lucha contra la pobreza. La razón de ser de la doctrina social ha sido su opción por los pobres. La dignidad de parte importante de nuestros pueblos está amenazada por la extrema pobreza. Una pobreza que no admite más retórica y conlleva la decisión y voluntad de enfrentarla desde muchas dimensiones.

Una de ellas es la necesidad del crecimiento económico sin el cual la acción del Estado termina por profundizarla. En el mundo planetario en que vivimos, en una economía altamente internacionalizada, América Latina tiene la obligación de incorporarse en forma creativa y audaz, con esfuerzo, trabajo y disciplina, si no quiere ser dejada atrás por la historia. Ello es un requisito necesario aunque no suficiente. Se requiere también que los países industrializados abran sus fronteras para permitirnos competir en igualdad de condiciones.

El camino del enfrentamiento no ha tenido, a nivel nacional ni internacional,

vencedores y vencidos, sino sólo vencidos. De allí que el mundo entero busque hoy la colaboración: entre países pobres y países ricos; entre trabajadores y empresarios; entre gobernantes y gobernados; entre civiles y militares; entre el sector público y el sector privado; entre las diversas corrientes ideológicas.

¿Significa esto que la colaboración deslinda con la frontera del mero pragmatismo? ¿O que el fin de los ideologismos globalizantes ha sido también la muerte de las grandes causas? Creo firmemente que el progreso económico no es un camino hacia el conformismo o el escepticismo. Al contrario, hemos ganado la primera batalla de un largo camino, la batalla de la libertad y es por eso que hoy podemos abocarnos con más fuerza a luchar por la justicia social, requerimiento ineludible de la dignidad humana.

La experiencia nos muestra que la historia no la mueven fuerzas invisibles y misteriosas, sino que la construyen los hombres y mujeres de carne y hueso, que pulsando el signo de los tiempos a partir de la realidad, son capaces de soñar con un mundo mejor y de impregnar en la cultura cambiante, los valores permanentes de la moral y del espíritu.

La Doctrina Social de la Iglesia, que ha tenido como razón de ser la defensa del ser humano, que ha defendido la vida y la justicia, nos da una palabra orientadora afirmando principios y valores que dan sentido a nuestra lucha por un mundo mejor.

Como chileno, como latinoamericano y como gobernante, agradezco a la Iglesia esta compañía y deseo que el trabajo de CELAM y del Consejo Pontificio Justicia y Paz sea fecundo para continuar orientando nuestro camino en la perspectiva de humanizar el mundo en que vivimos. Muchas gracias.

\* \* \* \* \*

SANTIAGO, 14 de Octubre de 1991

M.L.S.